

El primer *sexshop* de Chile fue inaugurado en 1997. La sede de "Afrodita" se ubicó frente al pasaje Phillips, a escasa distancia de la Plaza de Armas de Santiago.

Claro que -como indica el código nacional de dar un par de vueltas antes de decir las cosas, especialmente, si a sexo se refiere-, el rubro debía ser señalado con tacto.

Pamela Ibarra, dueña del local, encontró la solución precisa. Si se trataba de expender artículos para "asistir" ciertas "carencias", o "superar" otras "discapacidades", ¿por qué no funcionar con patente de artículos ortopédicos? "Lo cierto es que con ello no le mentía a nadie, porque lo que ella ofrecía era artificios para que muchos chilenos pudieran enfrentar lo mal que lo estaban pasando en la cama", explica la periodista Pía Rajevic, en su obra *El libro abierto del amor y el sexo en Chile* (Editorial Planeta, 302 páginas).

Próximo a publicarse el 4 de noviembre en la Feria del Libro, el texto resume en 14 capítulos un panorama acerca de la local naturaleza del amor y las costumbres sexuales de los chilenos.

Con capítulos dedicados a las políticas pronatalistas del régimen militar, la afición chilena por los moteles, los conflictos de las personas separadas, el creciente ejercicio de la bisexualidad, la cotidianeidad de los abusos sexuales, y el eficiente *lobby* eclesial contra una ley de divorcio y el uso del condón, entre otros, el libro revela prácticas, dolores, placeres y mitos sorprendentes, como que "el sida no se contagia si se tienen relaciones con calcetines", o que sólo los homosexuales acuden a los servicios de un prostituto.

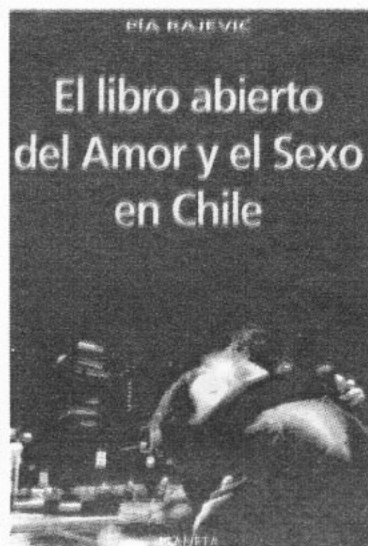
Tras una investigación periodística que duró dos años, Rajevic descubrió casos reales, estadísticas, estudios, y *focus group* que hablaban de "yugos" fundamentales: El extremo doble estándar local para practicar y hablar de sexo; el conflicto profundo de hombres y mujeres frente a las necesidades de afecto y placer físico; y la irrupción de nuevas formas amorosas, profundamente arraigadas a las condiciones sociales, económicas y políticas nacionales. Todo aquí mismo, en Chile, donde tanto cuesta hablar de ciertas cosas.

¿Prostitución?, ¿dónde?

El 7 de mayo de 1984 quedará grabado en la historia social de Chile. Ese día marcó la clausura de los prostíbulos y el nacimiento de nuevas y variadas formas de comercio sexual.

Con el fin de las "casas de tolerancia", surgen las "patines" o prostitutas que se ven obligadas a ejercer el oficio en la calle, y una variante más solapada: las casas de masajes y saunas.

Paralelamente, otro fenómeno nació en urgente respuesta al reprimido erotismo local. "Los *café topless* y últimamente los *café-piernas* y los *café-músculos* (para la incipiente clientela femenina) propios para voyeristas -los aficionados al cuarteo en jerga popular-, y aún para los que gustan del



Nuevos hábitos sexuales y de relaciones han sacudido la epidermis interna de Chile en los últimos años. La incorporación de los juegos eróticos, con modalidades masoquistas y sadomasoquistas, así como la afición masculina por los cuadros plásticos y la tendencia al sexo grupal, han debutado con éxito en el escenario íntimo de los chilenos

manoseo", surgieron por decenas.

Con mayor o menor publicidad, el ejercicio de la prostitución se trasladó a escenarios insólitos, sin que se tenga una cuantificación precisa de cuántas personas, hombres y mujeres, ejercen el oficio.

Las cifras oficiales señalan que hoy existen 23.500 trabajadoras sexuales inscritas en el Servicio Nacional de Salud, pero el fenómeno se ha "maquillado" tanto, que cunde la cifra negra. "Todo se confabula para que así suceda: la mayoría de las prostitutas trabaja en locales disfrazados, desempeñando oficios que no corresponden con la realidad (bailarinas, modelos, masajistas y otros), y suele hacerle el quite a un registro que las dejaría socialmente involucradas en el comercio sexual que quintuplican con facilidad esas cifras en todo Chile", señala Rajevic.

Tanto ha sido el cambio en los últimos 20 años, que según cifras de la Policía de Investigaciones, si en la segunda mitad de los '80 había cerca de 12 mil prostitutas registradas, a comienzos de los '90 la cifra superó las 20 mil.

Otro tanto ocurrió con la prostitución infantil. Según la autora, la presencia de niñas vendedoras de flores o de niños de muy corta edad a altas horas de la madrugada en céntricas calles de Santiago y del barrio Suecia, contó con un público ávido de "carne fresca", generalmente hombres mayores con recursos económicos.

Según la autora, este enmascaramiento del comercio sexual en Chile, con un público deseoso y subterráneo, no es más que una de las manifestaciones de la idiosincrasia chilena: Si no se habla de ello, no existe.

El capítulo sobre la bisexualidad en Chile confirma este fenómeno. Dedicado a Bárbara Jiménez, travesti que falleció en marzo de 1999, dos meses después de ser entrevistada para el libro, el acápite señala que la cantidad de personas que practica sexo con hombres y mujeres alcanza niveles insólitos. Una forma de acercarse a esta cifra es la que señala que cerca del 80 por ciento de heterosexuales que han enfermado de sida se contagiaron por el contacto con bisexuales.

Más que una práctica definida, la autora considera que este último fenómeno responde a la fuerte represión que sufren los homosexuales en Chile. La ausencia de respeto y aceptación a su naturaleza obliga a que muchos opten por llevar una doble vida que, muchas veces, incluye matrimonio e hijos.

No es extraño entonces, el actual auge de la figura de los "putos", muchachos jóvenes y atractivos que esperan en la calle ser recogidos en vehículos por hombres mayores de 30 años, o que reciben ofertas mediante celulares o beepers.

Prácticas y hábitos

Nuevos hábitos sexuales y de relaciones han sacudido la epidermis interna del país en los últimos años. La incorporación de los juegos eróticos, con modalidades masoquistas y sadomasoquistas,

así como la afición masculina por los cuadros plásticos y la tendencia al sexo grupal, han debutado con éxito en el escenario íntimo de los chilenos.

La irrupción de Internet también ha permitido el surgimiento del "goce en solitario", con millones de páginas pornográficas listas para ser consumidas desde el monitor del computador.

Otro tanto ha ocurrido con servicios que promocionan en diarios y revistas nuevas experiencias sexuales destinadas a sacudir la modorra de matrimonios de varios años, o de parejas estables.

Si bien estas prácticas ya se cultivan en el país, la autora reconoce que la acendrada costumbre nacional de la intimidad "puertas adentro" ha institucionalizado al motel como el lugar predilecto para romper la rutina del sexo.

Incluso los días del padre, la madre, navidades, Fiestas Patrias o domingos por la mañana, cuando los pasajeros ataviados con buzo deportivo, hacen un "descanso" del trote matutino, el motel surge como toda una institución. "Las razones más profundas de este desarrollo moteler explosivo hay que descubrirlas en la sicología del chileno; sus ambientes rebuscados y artificiosos, con una sobrecarga erótica en sus menores detalles, parece que gatillan las pulsiones sexuales de las parejas como en ningún otro lugar", explica la autora.

Tan acendrada es la relación del chileno con el motel, que la inauguración del mítico Hotel Valdivia en 1956 -el primer motel parejero del mundo, según afirma Rajevic- motivó elogiosos comentarios en *Le Figaro* y *The New York Times*.

Según su investigación, la pareja chilena no ha logrado romper estrictos esquemas de horarios y lugares, mientras sus fantasías y deseos se mantienen ocultos merodeando peligrosos índices de neurosis e insatisfacciones.

Tú Jane, yo Tarzán

El 61,2 por ciento de los chilenos dice que se casa por amor, seguido peligrosamente por un 36,1 por ciento que asegura que contrajo el sagrado vínculo porque la mujer ha quedado embarazada.

Tal nivel de compromiso libre no puede redundar en relaciones duraderas. Pía Rajevic dedica un capítulo completo que titula "La patria de los separados".

A pesar de que a los chilenos les encanta casarse, como lo asegura el hecho de que en Chile se comete un delito de bigamia al día, la autora señala que las condiciones de esos matrimonios por lo general son bastante precarias.

Y el motivo recurrente sigue siendo la incomunicación de las parejas. Agravada por la progresiva "independencia" económica de la mujer, el varón no sólo ve peligrar su lugar como proveedor de la familia, sino también comienza a ser exigido en un ámbito donde el género masculino reprueba en masa: La expresión de las emociones.

Fenómeno poco estudiado, la autora señala que hoy el hombre constituye un continente inexplora-

Cómo han cambiado las relaciones amorosas y el sexo en las últimas tres décadas

Chilenos a la cama

Aficionados al motel, a la infidelidad, a las prostitutas y los juguetes sexuales, aunque en estricto sigilo; El profundo temor masculino a la pérdida de potencia, y las culpas profundas de hombres y mujeres ante la práctica del erotismo, son algunas de las aplastantes verdades del "Libro abierto del amor y el sexo en Chile", de la periodista Pía Rajevic.

FOTOBANCO



do. "Poco se ha estudiado sobre sus emociones, su estado de ánimo, sus afectos y desafectos, su percepción del amor. Y es más: Lo poco que se sabe de ellos, se conoce desde una perspectiva de las demandas y problemas femeninos, no desde la masculinidad. Sólo hay una certeza: La masculinidad tradicional chilena está a la deriva".

Factores como éstos son los que han disparado las cifras de separaciones en el país. Ya en 1992, la cifra de separados alcanzaba 355.582 personas, y el primer semestre del 2000 la cifra de separaciones de los últimos 20 años había aumentado en el 104 por ciento.

Surgen entonces otros tipos de familia, muy distintas a las tradicionales biparentales, donde la mamá y el papá vivían junto a sus hijos. Hoy las hay monoparentales, reconstituidas -integradas por los hijos de anteriores relaciones de ambos padres- e incluso un inquietante 7,6 por ciento de hogares

unipersonales.

Ante esto, la autora se pregunta si el 73,7 por ciento de la población se manifiesta a favor de una ley de divorcio, y luego de once intentos fallidos por crear una ley que lo norme, "¿qué y quién es tan poderoso como para que todavía no exista? La respuesta no es difícil: la jerarquía de la Iglesia Católica es la más tenaz opositora de una ley de divorcio en Chile", responde.

De allí que pormenore las distintas variantes que la población ha adoptado para separarse, desde la recurrida variedad de la nulidad matrimonial asequible para personas con recursos económicos, hasta el llamado "divorcio de los pobres", utilizado por mujeres de escasos recursos que declaran la muerte presunta del cónyuge, lo que las libera del compromiso para toda la vida.

Todo aquí mismo, en Chile, donde tanto cuesta hablar de ciertas cosas. ■

YA NO SOMOS LOS MISMOS

Tecnología del siglo XXI, pero relaciones sociales del siglo XIX: Esta fue la impresión que se llevó de Chile un profesor norteamericano que pasó una temporada en el país. Y no es raro que eso sucediera, porque efectivamente si bien Chile ha exhibido buenos índices macroeconómicos y una paulatina modernización de la actividad económica, adosándole tecnología de punta, el día a día del país ha ido por otros cauces y la modernidad aún no llega a la vida privada de las personas.

Por eso cuando inicié esta investigación periodística sobre la vida amorosa de los chilenos, la afirmación del visitante extranjero se transformó al momento en pregunta ineludible para el trabajo que iba a iniciar ¿Hasta dónde estaba realmente entabada en Chile una democratización y liberalización de las costumbres? Después de 17 años de dictadura, se entendía que el país pudiera tener muchas deudas pendientes en el ámbito de las libertades fundamentales, pero el escenario político ya era otro y me resultaba interesante saber qué impacto estaba teniendo la transición, descendiendo de la alta política, en la cotidianidad de la gente. Me pareció, además, fascinante poder entrar en un terreno como el de la vida privada, sobre el que casi no hay investigación periodística en el país.

Por una parte, resultó evidente que se mantienen en Chile una serie de normativas como barreras a los cambios (el rechazo a una ley de divorcio, por ejemplo), pero además es muy patente que el proceso de democratización se muestra demasiado remolón respecto de puestas al día urgentes, y siguen ausentes las políticas que propendan a una vivencia amorosa responsable e integral. Tanto, que la sola idea de la existencia de educación sexual sigue moviendo a controversia y, por citar un caso, la mención de la necesidad del uso del condón aún es motivo de escándalo en ciertas esferas de poder. Lo inverosímil es que, entre tanto, en Chile se embarazan cada año más adolescentes que en África; que se están abortando más niños que los que nacen; y que la mayoría de los hijos llegan al mundo fuera del matrimonio. El Chile oficial de hoy desconoce la calidad de seres sexuados de sus ciudadanos, lo que deriva en graves consecuencias para el desarrollo de una vida digna: Esa fue mi primera constatación. Las razones de esta actitud hay que buscarlas en el modelo de país que desea una poderosa casta conservadora. Sin duda, aquí radicaba la idea que aquel profesor extranjero tenía de Chile.

La constatación mayor del trabajo que he realizado es que frente a ese anacronismo que se le impone desde el poder, la población ha generado anticuerpos y ha optado por darle soluciones propias a los asuntos que comprometen su experiencia amorosa. Las transformaciones de la sociedad chilena le han planteado nuevas demandas a la vida íntima de las personas. Y lo han enfrentado superando incontables tabúes.

La historia de ese proceso de cambio, hecho sobre todo desde el amor, está presente en *El libro abierto del amor y el sexo en Chile*. El libro es una crónica de nuestra vida privada, un ejercicio voyerista sobre nuestra intimidad donde están vivas las voces de nuestros deseos y nuestra sensualidad, la guerra que libramos entre el mundo del afecto y el de la razón y entre el deseo y la culpa, la erotización de nuestra vida amorosa, el difícil proceso de aceptar la diferencia sexual, la mirada del homosexual y su mundo íntimo, nuestras taras y miserias sexuales, como también nuestras proyecciones y sueños. Es un retrato dinámico que exhibe, creo, cómo a pesar de las fuertes cortapisas la sociedad chilena ha experimentado profundos cambios en estas últimas décadas, y sobre todo en los últimos cinco años. Un destape de la intimidad está en proceso. Y, como dijo Neruda, nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.



Por Pía Rajevic*

El Chile oficial de hoy desconoce la calidad de seres sexuados de sus ciudadanos, lo que deriva en graves consecuencias para el desarrollo de una vida digna.

*Periodista, autora de *El libro abierto del amor y el sexo en Chile*.